

Modernización y malestar: la segunda fase de la transición chilena

RESEÑA de Jorge Heine a:

La pata coja y la transición infinita de Alvaro Briones. Santiago: Ediciones B, 1999.

El modelo chileno: democracia y desarrollo en los noventa de Paul Drake e Iván Jaksic (compiladores). Santiago: LOM, 1999.

La caja de pandora: el retorno de la transición chilena de Alfredo Joignant y Amparo Menéndez-Carrión (compiladores) Santiago: Planeta/Ariel, 1999.

Chile: una democracia tutelada de Felipe Portales. Santiago: Sudamericana, 1999.

I

Entre 1987 y 1997 Chile duplicó su ingreso per cápita (a U\$ 5.000), bajó la inflación y la cesantía a niveles sin precedentes en sesenta años, logró disminuir el número de personas bajo la línea de pobreza de más de un tercio a menos de un quinto de la población y, en general, avanzó notablemente en su desarrollo. Desde 1997 en adelante, sin embargo, y pese a estos y otros logros en lo que muchos observadores consideran ser una de las más exitosas y emblemáticas transiciones a la democracia de los noventa, distintos estudios han demostrado la existencia de altos niveles de alienación y malestar en sectores significativos de la población.¹

JORGE HEINE, Facultad de Humanidades, Universidad Diego Portales, Vergara 210, Santiago.

Fax: 56-2-6762819

Correo electrónico: jheine@ctcinternet.cl

1 El principal de ellos fue el del PNUD *Desarrollo humano en Chile 1998*. Santiago: Naciones Unidas, 1998.

■ **Jorge Heine** es abogado de la Universidad de Chile y doctor en Ciencia Política por la Universidad de Stanford. Actualmente es director de Ciencia Política de la Universidad Diego Portales, director del programa internacional de la Fundación Chile 21 y profesor visitante en la Universidad de Stanford. Ha recibido becas posdoctorales del Social Science Research Council y de la John Simon Guggenheim Foundation. Ha sido profesor visitante en St. Antony's College, Oxford. Actualmente es presidente de la United States Alumni Society (USAS) de Chile. Fue presidente de la Caribbean Studies Association (1990-1991) y de la Asociación Chilena de Ciencia Política (1991-1993), y subdirector del Programa Latinoamericano del Woodrow Wilson International Center for Scholars en Washington DC, y del Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA) en Madrid. Ha sido consultor de Codelco, la Fundación Ford y Naciones Unidas, y autor, coautor o compilador de ocho libros y de más de 50 artículos en antologías y revistas profesionales. En el sector público se ha desempeñado en la Corporación de Fomento de la Producción (1971-1973); como Subsecretario de Aviación (1993-1994); Embajador en Sudáfrica (1994-1999) y Ministro de Bienes Nacionales (1999).

Después de un período en que las referencias al así llamado “milagro chileno” eran el pan de cada día de las revistas especializadas en ciencia política y economía, y lejos de avanzar en superar los remanentes del régimen autoritario que se mantuvieron vigentes después de la elección de Patricio Aylwin a la presidencia en diciembre de 1989, Chile pareciera haberse estancado en su desarrollo político.²

Un país históricamente caracterizado por la innovación y la creatividad en material de políticas públicas sigue regido por una Constitución (la de 1980) hecha a la medida de un régimen autoritario, y que en muchos aspectos responde más a principios y doctrinas constitucionales del siglo XIX que lo que requiere un país a inicios del siglo XXI.³ Así mientras en su promoción exterior, Chile se ufana de ser “un país abierto al mundo”, cada video que le llega a algún residente del país por correo es retenido, examinado y censurado, para luego, como para “refregarlo en la herida”, cobrarle al destinatario una onerosa suma por el hecho de censurarle el material que se le ha enviado. Una periodista, en tanto, publica un libro exhaustivamente reportado sobre el funcionamiento del Poder Judicial en Chile, el que es proscrito por el propio Poder Judicial y, ante la amenaza de ser procesada por la Ley de Seguridad Interior del Estado, se ve obligada a pedir asilo político en los Estados Unidos.⁴

El que estas cosas ocurran en lo que muchos consideraban sería la democracia latinoamericana modelo de los noventa, con una transición pactada, grandes consensos entre gobierno y oposición, un “partido transversal” en el gobierno y un enfoque de “democracia de los acuerdos” –en que toda iniciativa significativa de la Concertación de Partidos por la Democracia, la coalición gobernante, debía ser acordado previamente con la oposición de derecha– no deja de ser paradójal. ¿En qué momento perdió el rumbo la transición chilena? ¿A qué se debe el desencanto y malestar que pareciera haberse apoderado del país en 1997, y que, lejos de haberse superado con el inicio del gobierno de Ricardo Lagos en marzo del año 2000, ha continuado, si bien con matices de diferencia, en relación a la presidencia de Eduardo Frei Ruiz-Tagle?

Es para responder a esta interrogante que una nueva hornada de libros, en general más críticos respecto de la forma en que se ha desarrollado la dinámica política del país en esta última década, se ha venido a sumar a la extensa literatura previa sobre la transición chilena, de tono más bien celebratorio.⁵ El grueso de esta nueva ensayística proviene de politólogos y sociólogos, chilenos y extranjeros, muchos de los cuales incluso se han desempeñado en uno o varios de los gobiernos de la Concertación, de manera que sus análisis están informados por experiencias de primera mano en lo que significa el ejercer responsabilidades públicas durante lo que algunos han calificado, y no sin razón, como la “década de oro” del siglo XX en Chile.

2 Ver, por ejemplo, Felipe Agüero, “Chile: South America’s Success Story?”, *Current History* 92: 572 (marzo de 1993), pp. 130-135; Richards, D., “The Political Economy of the Chilean Miracle”, *Latin American Research Review*, 32:1, (invierno de 1997), pp. 139-159; y Guillermo Perry y Danny M. Leipziger (compiladores), *Chile: Recent Policy Lessons and Emerging Challenges*. Washington: Banco Mundial, 1999.

3 Para una reciente discusión sobre el tema, ver Agustín Squella y Osvaldo Sunkel (compiladores) *Democratizar la democracia: reformas pendientes*. Santiago: LOM, 2000.

4 Alejandra Matus, *El libro negro de la justicia chilena*. Santiago: Planeta, 1999.

5 Ver, entre otros, Cristián Toloza y Eugenio Lahera (compiladores) *Chile en los noventa*. Santiago: Dolmen, 1998; Edgardo Boeninger, *Democracia en Chile: lecciones para la gobernabilidad*. Santiago: Andrés Bello, 1997; Alejandro Foxley, *La economía política de la transición*. Santiago: Dolmen, 1993.

Como indican los mismos títulos de los libros en cuestión, un tema recurrente es el carácter aparentemente interminable de la transición chilena. Para un proceso que fue oficialmente declarado como finalizado diez años atrás por el propio Presidente Aylwin en 1991 a instancias de su Secretario de Comunicación y Cultura, Eugenio Tironi, como una manera de despejar el tema y permitirle al gobierno concentrarse en lo que “verdaderamente importa”, esto es, el crecimiento económico y los programas sociales.

La transición chilena sigue gozando de excelente salud. Es difícil imaginar la realización de debates o foros y la publicación de numerosos textos sobre la situación actual de la transición en Brasil o en Uruguay, procesos con ciertos elementos en común con el chileno (si bien mucho menos celebrados en su momento); cualesquiera que sean los problemas que enfrentan estos países, y no son menores, “el completar la transición” no es uno de ellos.

En ese marco, el congelamiento de la institucionalidad política heredada del régimen militar, la perpetuación de las extremas desigualdades que caracterizan a la sociedad chilena, un modelo de desarrollo basado casi exclusivamente en la exportación de materias primas (cuya sustentabilidad en el corto y mediano plazo es cada vez más cuestionada) y la escasa participación de organizaciones sociales y sindicales en los procesos de toma de decisiones en el país son algunos de los temas recurrentes en estos libros.

En el fondo, sin embargo, y aunque ninguno de los autores lo plantea en forma explícita, la pregunta subyacente en todas estas obras es otra: ¿A qué se debe el enorme contraste entre la cuasi-euforia y exitismo que se vivió en Chile en la primera mitad de los noventa (basta recordar que una crítica recurrente en esos años era que el 7% de crecimiento del PIB estaría muy por debajo del potencial de la economía chilena, que se definía por algunos en torno a un 10%) y el desencanto y malestar de la segunda mitad de esa década?

Toda respuesta a esta interrogante se ve dificultada por la inexistencia de elementos obvios que separen aguas entre ambos períodos. Durante todos estos años ha sido la misma coalición de gobierno la que ha regido los destinos del país (y que para el año 2006 se constituirá en la que por más largo tiempo habrá gobernado Chile en más de un siglo). Los mismos nombres incluso se repiten una y otra vez y el cambio se da durante un mismo gobierno; el de Eduardo Frei, que tuvo un buen comienzo y un muy mal final. El llamado “síndrome del PRI”, planteado por algunos como una posible explicación, especialmente durante la campaña electoral de 1999, pareciera reflejar más la ignorancia de la historia de América Latina de quienes lo señalan que otra cosa: igualar siete años de gobierno con setenta y un años en el poder requiere un cierto grado de distorsión de la realidad.

En estos términos, la pregunta tal vez requiere ser reformulada: ¿Hasta qué punto el desencanto evidente en lo que podríamos llamar “la segunda fase” de la transición chilena se debe simplemente a ciertos acontecimientos y procesos desencadenados a partir de 1997 (en que ése fue el punto de inflexión, si hay acuerdo)? ¿O estamos ante una situación distinta, en que “la primera fase”, con todos sus éxitos, contenía en sí el germen de las frustraciones y desengaños de la segunda? En otras palabras, ¿fueron los logros de esos primeros años a costa, al menos en parte, de hipotecar el futuro político del país?

II

Pese a ser economista, es Alvaro Briones quien en *La pata coja y la transición infinita* plantea la tesis histórica y sociológicamente más ambiciosa. Con un título inspirado en el clásico ensayo de Claudio Véliz, “La mesa de tres patas”, y una prosa elegante, en que el análisis incisivo se ve enriquecido por pertinentes referencias literarias (desde Borges a Fuentes, pasando por Eco, Orwell y Cortázar), a partir de los “dos Chiles” que constata se dan hoy en nuestro país tan desigual y tan desencantado, desarrolla una extensa interpretación de la historia de Chile desde la Independencia hasta nuestros días.⁶

Esencialmente gramsciana, ella descansa en la desagregación de los distintos tipos de “bloque histórico” que han dominado en las diferentes etapas de nuestro desarrollo nacional. Un capítulo sobre la naturaleza del poder, tal vez el menos logrado, sirve de marco teórico. La historia y el andamiaje conceptual, sin embargo, se transforman esencialmente en el sustento para la tesis fundamental de la obra (parte de la cual le da el título), que sostiene que a las “dos patas” del Chile actual (el sector exportador y el financiero y de servicios) le hace gran falta la tercera –la de los trabajadores organizados– para una sociedad más equilibrada y menos desigual.

Hasta aquí, nada sorprendente. La novedad de los planteamientos de Briones radica en otra área: el de las violaciones a los derechos humanos bajo el régimen militar y cómo encararlas sosteniendo que “al Estado le corresponde olvidar y no juzgar” (p. 56). Posteriormente señala: “el perdón, como la justicia, es irrealizable en tanto función de Estado” (p. 57). Para Briones, la forma en que los militares enfrentaron sus responsabilidades de gobierno entre 1973 y 1990 corresponde estrictamente a la lógica militar. Para ellos, lo peor que le puede ocurrir a un país es una guerra civil, por lo que hacer todo lo necesario para erradicar la mera posibilidad de ella de raíz tiene sentido. Desde esa perspectiva, emitir juicios desde la lógica de la política respecto de algo realizado desde la óptica de la guerra, no correspondería, y no hace sino perpetuar la transición. Para prevenir esos peligros, el libro se inicia con una cita de Antonio Buero Vallejo, “la guerra civil aún no ha terminado en España”, pronunciada en 1999.

Para efectos de la Concertación de Partidos por la Democracia, es aún más enfático: en cuanto a la relación entre el Partido Socialista y el Partido por la Democracia, por una parte, con la Democracia Cristiana, por otra, sostiene “Sólo el futuro nos une, porque en el pasado ya estuvimos separados y eso no se puede remediar” (p. 53).

Fuertemente marcado por su experiencia europea (Briones fue embajador en España primero y en Italia después), el autor añora para Chile un capitalismo más amable y menos salvaje que el encarnado en el llamado “modelo chileno”. Al mismo tiempo, le encara a la dirigencia política de la Concertación (de la cual él forma parte) el que su fijación con lo ocurrido en 1973 y después es en parte importante responsable del empantanamiento de la transición chilena.

6 Briones también ha incursionado en el género novelesco. Ver su notable libro *Como un país natal*. Santiago: Sudamericana, 1998.

III

Una tesis en buena medida opuesta es la de Felipe Portales en *Chile: Una democracia tutelada*. Sociólogo, y durante varios años Asesor de Derechos Humanos en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Portales denuncia, en un estudio amplio y sólidamente documentado, lo que él denomina “las políticas concesivas de la Concertación”. Serían a estas últimas, en definitiva, a las que habría que atribuir la imposibilidad de avanzar en cortar los nudos gordianos de la transición chilena (léase la remoción de los “enclaves autoritarios”, en la feliz expresión de Manuel Antonio Garretón) o en poder salir de la “jaula de hierro” de la Constitución de 1980, en palabras de Tomás Moulian.

Portales utiliza un enfoque temático-cronológico y exhaustivos estudios de caso. El más significativo de ellos es el que se refiere al desgraciado episodio en que la Concertación entregó, sin tener por qué hacerlo, el control del Parlamento a la oposición al renunciar a la prerrogativa presidencial establecida en los artículos 65 y 68 de la Constitución. Estos le permitían al Presidente insistir en sus proyectos de ley rechazados por una de las cámaras, de manera que su voluntad sólo podría ser superada con el voto de los dos tercios de la Cámara revisora. Al aceptar la modificación de estas disposiciones en el plebiscito de junio de 1989, la Concertación le entregó un veto legislativo automático a la oposición.

Olvidémonos de los senadores designados, del sistema binominal, del Tribunal Constitucional y del Consejo Nacional de Seguridad. Esto es, de todos los *bêtes noires* concertacionistas, y a los cuales se les culpa de los males del Averno. Meramente con haber mantenido los artículos 65 y 68 de la Constitución de 1980 tal como estaban en el texto de la Constitución vigente en 1989, los gobiernos de la Concertación habrían tenido la posibilidad de aprobar unilateralmente un amplio programa legislativo. El haberse puesto voluntariamente esta enorme camisa de fuerza le da mucho vigor a la tesis de Portales que sustenta que, en realidad, gran voluntad de cambios en el modelo de desarrollo generado bajo el gobierno militar no había en parte importante de la dirigencia concertacionista.

Lo más valioso del libro de Portales radica en rescatar (algo tan importante en este país sin memoria histórica) las numerosas instancias –desde el “boinazo” de 1991 hasta poco antes del “servilletazo” el año 2000– en que los gobiernos de la Concertación han cedido una y otra vez a las presiones de las Fuerzas Armadas para barrer cuestiones incómodas bajo la alfombra y pretender que no existen (en la frase ya famosa de Enrique Correa, “la transición vale más que tres millones de dólares” en relación al cheque girado por el Ejército a favor de Augusto Pinochet Hiriart en condiciones, por decir lo menos, dudosas), patrón que sólo ha venido a modificarse en el gobierno de Ricardo Lagos.

A veces podría esperarse más análisis y menos citas de prensa (las que tampoco incluyen la página del medio en que aparecieron, con lo que se dificulta su rastreo), pero es la abundancia de material primario lo que le da su sello y fortaleza. Con casi 500 páginas, quince capítulos, un útil índice onomástico y reflejando una investigación en extremo acuciosa, Portales ha hecho un aporte significativo a la literatura sobre la transición chilena.⁷

7 Para otra perspectiva crítica, aunque no documentada, ver Camilo Escalona, *Una transición de dos caras: crónica crítica y autocrítica*. Santiago: LOM, 1999. Mucho más matizado en su balance es Luis Maira en *Chile, la transición interminable*. Ciudad de México: Grijalbo, 1999.

IV

Perspectivas bastante críticas del proceso chileno en los noventa pueden encontrarse también en *La caja de Pandora*, el volumen compilado por la eminente politóloga uruguaya Amparo Menéndez-Carrión (actualmente en Macalester College en Minnesota) y Alfredo Joignant. Reuniendo a especialistas tan destacados como Manuel Antonio Garretón, Laurence Whitehead y Norbert Lechner, representa un valioso esfuerzo por examinar el punto de inflexión que se dio en 1997 y lo que ha implicado para la dinámica política posterior.

Desarrollando y ampliando planteamientos que ha hecho en otros artículos y libros de su vasta obra, Garretón ratifica su tesis de que la transición chilena terminó en 1990, pero que lo que tenemos es una democratización incompleta, aunque, paradójicamente, consolidada, ya que ha demostrado ser inseparable de la Constitución heredada del régimen militar. Lechner, a su vez, en un artículo escrito con Pedro Gúell, analiza el tema de la memoria en la transición chilena y el grado al cual el nuevo ímpetu que toma la cuestión de los derechos humanos en el último tercio de los noventa refleja la profunda necesidad de la sociedad chilena de saldar cuentas con ese pasado aparentemente lejano, pero en realidad muy inmediato que gira en torno a los acontecimientos de 1973.⁸

En tal vez el capítulo teóricamente mejor construido de *La caja de Pandora*, Laurence Whitehead, el distinguido comparativista de Oxford, sitúa la transición chilena en una perspectiva histórica y conceptual, incluyendo comparaciones binarias con procesos similares en países tan distintos como Sudáfrica y Taiwan, pero sobre todo subrayando el carácter todavía abierto del caso chileno y el grado al cual la democracia chilena puede aún ser perfeccionada y completada.

V

Un caso revelador de la evolución y el carácter eminentemente internacional de la praxis de las ciencias sociales en el mundo de hoy es el libro de Paul Drake e Iván Jaksic, *El modelo chileno: Democracia y desarrollo en los noventa*, una obra que complementa muy bien el libro anterior de los mismos autores, *El difícil camino hacia la democracia en Chile* (Flacso, 1993). Si este último libro analizó lo que fue la dinámica política de la segunda mitad de los ochenta, éste hace un balance de los primeros ocho años desde el retorno a la democracia.

Con dieciocho capítulos, veintiún autores y 534 páginas, se trata de un proyecto mayor, en que se alternan y complementan muy bien científicos sociales estadounidenses y chilenos, así como autores

8 El tema de la memoria en la transición chilena ha generado una importante literatura, que merecería una reseña aparte. Ver el seminal artículo de Alexander Wilde, "Irruptions of Memory: Expressive Politics in Chile's Transition to Democracy", *Journal of Latin American Studies* 31:2 (mayo de 1999), pp. 473-500; y también Garcés, M., Milos, P. y Olgún, M., Pinto, J., Rojas, M. T. y M. Urrutia (compiladores) *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. Santiago: LOM, 2000; así como los dos excelentes tomos de Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido: vía chilena de la reconciliación política 1814-1932*. Santiago: Dibam y LOM, 1999; y *Las ardientes cenizas del olvido: Vía chilena de la reconciliación política 1932-1994*. Santiago: Dibam y LOM, 2000.

de larga trayectoria como Patricio Meller, Dagmar Raczynski y Brian Loveman y otros, como Claudio Fuentes, aún completando sus estudios de doctorado. Tal vez lo más notable, sin embargo, sea el hecho que el libro, producto de una conferencia realizada en California e impulsada por dos profesores de universidades norteamericanas, haya sido publicado en Chile antes de serlo en los Estados Unidos.

El capítulo introductorio de Drake y Jaksic es un verdadero modelo de síntesis y equilibrio, incluyendo extensas referencias bibliográficas a la literatura más relevante publicada durante el período en cuestión. Es difícil imaginarse una mejor primera aproximación a la temática que el penetrante, aunque ponderado, balance de los logros y fracasos de la peculiar combinación de liberalismo económico y democracia restringida propia del Chile de los noventa que la que nos presentan Drake y Jaksic.

Especialmente destacables son también los capítulos sobre los “nuevos temas” en la política chilena, como la cuestión indígena (Florencia Mallon, con tal vez el mejor título de todos los ensayos incluidos, “Cuando la amnesia se impone con sangre, el abuso se hace costumbre: el pueblo mapuche y el Estado Chileno, 1881-1998”), el feminismo de Estado (Lisa Baldez) y el medio ambiente (Marcel Claude).

VI

¿Qué pasó en 1997? ¿Qué gatilló esta segunda fase de la transición chilena, una mucho más pesimista y negativa que la anterior, en esos años llenos de esperanza y entusiasmo de comienzos de la década? Es común referirse a la detención del general Pinochet en Londres y a la crisis asiática (que llevaría entre otros factores a la caída del PIB –por primera vez en 17 años, en un 1,1% en 1999–) como elementos decisivos en esta materia, y sin duda que son factores a considerar. El arresto del general vino a exponer ante el mundo las enormes carencias de un proceso que permitía elevar a la calidad de senador vitalicio a un hombre cuyo nombre es sinónimo de dictadura en todas partes.⁹ Y es muy distinto administrar la prosperidad que una recesión.¹⁰ Sin embargo, la verdad es que la odisea del general y la caída en el crecimiento económico sólo se produjeron después que el llamado “malestar” de los chilenos se hiciera aparente, y que “autocomplacientes” y “autoflagelantes” se trenzaran en el arduo debate al interior de la Concertación que se dio después de las elecciones parlamentarias de diciembre de 1997, estimadas por muchos como un revés para la Concertación.

En esos términos, y para estos efectos, pese a su carácter de encendida polémica más que de sopesado análisis, es que el libro de Felipe Portales es especialmente útil. Al examinar en su totalidad la década entre 1989 y 1999, lo que resulta aparente es la incapacidad de la Concertación de efectuar

9 Sobre el caso Pinochet, ver Norberto Bermúdez y Juan Gasparini, *El testigo secreto: El juez Garzón contra la impunidad en Argentina y en Chile. Cómo atrapó a Pinochet*. Buenos Aires: Javier Vergara, 1999; Hugh O’Shaughnessy, *Pinochet: The Politics of Torture*. Nueva York: New York University Press, 2000; Mónica Pérez y Felipe Gerdzen, *Augusto Pinochet: 503 días atrapado en Londres*. Santiago: Los Andes, 2000; Jorge Mario Eastman, *Pinochet: El déspota que revolucionó el derecho internacional*. Bogotá: Tercer Mundo, 2000; Armando Uribe Arce y Miguel Vicuña Navarro, *El accidente Pinochet*. Santiago: Sudamericana, 1999.

10 Para un novedoso e interesante análisis sobre las perspectivas de la economía chilena al término de los noventa, ver Moguillansky, G., *La inversión en Chile: ¿El fin de un ciclo de expansión?*, Santiago: Fondo de Cultura Económica y Cepal, 2000.

cambios en la Constitución o en algunos de los elementos más definatorios del modelo económico heredado, como las Isapres o las AFP. Y esto no responde meramente a la obstinación de la oposición, sino que a una determinada estrategia política: la de no efectuar cambio alguno que no sea consensuado previamente con ella. En eso consistió la llamada “democracia de los acuerdos”. A ello se debió la decisión de la Concertación de entregar, de facto, el control del Parlamento a la oposición por medio de la reforma de los artículos 65 y 68 de la Constitución realizada en el plebiscito de junio de 1989.

Si este fue el precio que se entendió se debía pagar para mantener contento al empresariado, y para que éste continuase invirtiendo, cabría señalar que el efecto sobre la democracia chilena no ha dejado de ser significativo. Once años después del fin del régimen militar, y con la sola excepción de la situación de los municipios y los gobiernos regionales, no hay prácticamente una sola instancia en que haya habido avances sustantivos sobre la “democracia protegida” consagrada en 1980, y sólo maquillada cosméticamente en 1989. Chile continúa siendo una democracia de baja intensidad, en la que el principio “un hombre, un voto” brilla por su ausencia y en que las Fuerzas Armadas, lejos de estar subordinadas al poder civil, gozan de una autonomía institucional y presupuestaria no conocida en ningún país de la América actual.

Esto nos lleva al interesante argumento desarrollado por Briones. Al leer *La pata coja*, da la impresión que el gran problema de la transición chilena es la incapacidad de algunos chilenos de hacer “borrón y cuenta nueva”, de olvidarse de lo pasado hace más de un cuarto de siglo y mirar al futuro, “que es lo que nos une”. El argumento no deja de ser seductor, y sin duda que cuenta con importantes adeptos en el país. El problema con este razonamiento es que olvida un pequeño detalle. Lo que ancla a Chile en el pasado no es tanto el deseo (por lo demás comprensible) de los parientes de los detenidos desaparecidos por saber qué fue de los suyos, sino la absurda pretensión de congelar la historia de una vez y para siempre. De establecer *per secula seculorum* el orden institucional del país de acuerdo a los parámetros fijados en 1980, a medida de las necesidades del gobernante de esa época, en plena Guerra Fría y poco antes de iniciarse el período de cambios más dramáticos que hemos visto en la historia al menos desde fines del siglo XVIII, y tal vez desde el siglo XVII.

Hay algo profundamente *contra natura* en un sistema en que la voluntad popular expresada en todas las elecciones desde 1988 (un total de nueve) se vea imposibilitada de traducirse en cambios en un esquema constitucional diseñado *ex profeso* para su autoperpetuación, y cuya modificación pasa por la aprobación de los más beneficiados con el sistema actual, algo que a todas luces no va a ocurrir.

De haber existido voluntad para ello, esos cambios, sin embargo, podrían haberse efectuado a comienzos de los noventa. La apuesta, sin embargo, fue otra. El equipo político de La Moneda en esos años, fundamentalmente Edgardo Boeninger y Enrique Correa, optaron por congelar los cambios políticos para priorizar el crecimiento económico y los programas sociales. En un sentido, fue una apuesta ganadora, porque los resultados económicos de 1990 a 1994 fueron espléndidos, como lo fueron los de los programas contra la pobreza. En otro sentido, significó una profunda derrota para la causa de la democracia en Chile, ya que la ventana de oportunidad que se abrió después de la victoria de Patricio Aylwin en diciembre de 1989 se cerró rápidamente, y no ha vuelto a abrirse.¹¹

11 Este argumento no es de ahora. Fue presentado por el autor en su momento en 1991. Ver Jorge Heine, “¿Modernización o congelación política?”, *La Epoca*, 4 de septiembre de 1991, p. 9.

A mediados de 1994, el sucesor de Edgardo Boeninger en el Ministerio Secretaría General de la Presidencia, Genaro Arriagada, proclamaba una vez más el fin de la transición. La modernización sería, en cambio, el eje ordenador, el *leitmotiv*, del gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, quien se pasaría los últimos 16 meses de su gobierno dedicado en cuerpo y alma a hacer todo lo posible por traer de vuelta a Chile desde Londres al general Pinochet. Hay una lección en ese episodio, al menos para aquellos que entienden que no es posible seguir ignorando lo obvio: la transición en Chile no se puede terminar por decreto. Llegará a su fin el día en que tengamos una democracia normal, tal y como se le conoce en los países a los que tanto nos ufamamos en emular en otros ámbitos. Así, mientras en el país persista esta enorme asincronía entre modernidad económica y atraso político y cultural será difícil evitar la alienación y el descontento aparente entre tantos.